

J. BALLESTEROS y J. PÉREZ ADÁN (editores), *Sociedad y medio ambiente*, Trotta, Madrid, 1997.

Esta obra conjunta realiza una completa investigación acerca del estado de la cuestión medioambiental en la actualidad partiendo de diversas ciencias. Así, su primera virtud nos parece la interdisciplinariedad –los autores son geógrafos, ingenieros, economistas, sociólogos, juristas y filósofos–, que se halla en perfecta coherencia con los planteamientos teóricos expuestos, coincidentes en el rechazo de cualquier reduccionismo.

Encontramos en sus páginas un planteamiento profundo de la crisis ecológica; se pregunta por sus causas y orígenes, así como por su estrecha vinculación al modelo actual de sociedad. Estas cuestiones proporcionan una aceptable (y grata) ambición al texto que, a la luz de la cuestión medioambiental, trata de hacer, en definitiva, una lectura de nuestro tiempo.

Esta pretensión, sin embargo, nunca eclipsa el verdadero objeto de reflexión, sino que ilumina el problema y su raíz, a la vez que su posible solución, pues –y éste nos parece otro de sus aciertos– los autores muestran su intención de ir más allá de la especulación para comenzar a ofrecer soluciones y salidas a la crisis.

Esto es posible gracias a la clave con la que interpretan nuestro presente, que no es el presente mismo, sino el futuro o –con mayor precisión– la idea de futuro que el nuevo paradigma ecológico exige. De ahí el inconformismo de estos investigadores con el concepto de «progreso ilimitado» que nuestra sociedad ha heredado de la modernidad y que, con su pretendida asepsia valorativa, ha provocado en gran medida la sensación de inevitabilidad del avance tecnocientífico al precio que sea, y, en consecuencia, la despreocupación por el progreso moral y, en general, humano.

Son éstas las premisas sobre las que aquí se reflexiona desde un modelo humanista y desde la convicción de que, más allá del relativismo tan de moda, aún existen valores comunes a todos los seres humanos, conclusión que la crisis ecológica pone especialmente de relieve, ya que se resiste a soluciones particularistas de «pequeña política», pues su dimensión es global y planetaria.

Una y otra vez, a lo largo del libro, se subraya la dependencia recíproca de todos los seres del planeta, insistiéndose en que tal dependencia no supone pérdida de la libertad, sino que refuerza aquella libertad que es más humana en esencia.

En coherencia con el reconocimiento de la interdependencia a nivel planetario, se critica la visión del ser humano como propietario despótico del entorno

natural, mucho más interesado en obtener beneficios materiales sin fin, que en satisfacer las necesidades básicas de sus congéneres.

Los dieciséis análisis de expertos que la obra recopila comparten la crítica a la sociedad presente basándose en los dos grandes ejes que, a su entender, son el origen de la deshumanización: el economicismo y el individualismo, dos realidades sobredimensionadas que impiden ver la auténtica medida del hombre y de la naturaleza y la unidad e interconexión del universo.

El deterioro ecológico aparece como detonante y prueba de la crisis de civilización, cuya superación requiere un cambio de paradigma social, económico y vital. En el ámbito económico se impone el cuestionamiento del modelo de desarrollo seguido por la civilización occidental, que ha carecido de racionalidad y ha explotado los recursos naturales como si fueran ilimitados. Es necesario un nuevo «desarrollo sostenible» que posibilite el acercamiento de la economía a la ecología (temas 2, 8, 9).

Al hilo de este argumento, surgen varios capítulos dedicados a la repercusión de ciertos factores económicos en el deterioro del medio ambiente; por ejemplo, el consumo de masas produce falsas e innumerables «necesidades» que se cubren con el sacrificio del entorno natural, con el simultáneo empobrecimiento de los menos favorecidos (el Sur). Debe tenderse a un modelo de consumo ecológico más respetuoso con el hombre y la Naturaleza (tema 4).

Son igualmente interesantes los análisis de la empresa como problema ecológico (tema 6) y –al mismo tiempo, sin ser contradictorio– como solución. También se comenta el protagonismo que han de tener las empresas multinacionales en el cambio económico (tema 10).

Completan este análisis económico-sociológico unas reflexiones sobre la sociología del medio ambiente que inciden en la interacción entre las leyes naturales y las relaciones naturales (tema 1); un capítulo dedicado a relativizar el «peligro demográfico», que nos recuerda que la degradación del ambiente proviene más del exceso de consumo de los países del Norte que del tamaño de la población mundial (tema 7) y un capítulo sobre las ecopolíticas posibles (tema 13).

Ciertamente, no cabe hablar de un enfoque homogéneo en los dieciséis capítulos, ni de un idéntico ánimo por parte de sus creadores; opinamos que el análisis de la crisis se vuelve más positivo y esperanzado cuando son los filósofos y éticos quienes reflexionan (temas 10, 11 y 12), puesto que allí donde otros sólo ven destrucción y ruinas, ellos ven estímulo de reconstrucción y oportunidad de ampliar el horizonte humano. Esta tarea constructiva se configura como un reto que podrá ganarse exclusivamente con los materiales de la filosofía y de la ética; en concreto, por medio de la recuperación de la axiología, de la búsqueda de posibles valores nuevos y de la revisión de aquellos valores que –pese a gozar del consenso social– han causado degradación moral, social y, desde luego, ecológica.

A lo largo del libro y, con mayor detenimiento, en los temas escritos por filósofos y éticos, queda constancia de la negación del antropocentrismo voluntarista de la modernidad, que reduce la Naturaleza a puro objeto y le concede valor sólo en la medida en que ésta sirve para ejercitar la voluntad de dominio. Esta pobre visión del mundo nos recuerda la ingeniosa frase de C. S. Lewis:

«Siempre estamos conquistando la Naturaleza, ya que “Naturaleza” es el nombre que damos a lo que hemos conquistado de algún modo. Las estrellas no son Naturaleza mientras no podamos pesarlas y medirlas; el alma no es Naturaleza mientras no podamos psicoanalizarla.»

En estas páginas se defienden las ecofilosofías como un modo de pensar superador del pensamiento moderno que reduce la razón a razón científica y la vida humana a tres instituciones: Tecnología, Estado y Mercado. En este sentido se pone de manifiesto que el problema ecológico es, en realidad, un problema antropológico: de autocomprensión del ser humano y descubrimiento de sus relaciones con los demás y con la Naturaleza.

Asimismo, la ética es sensible al cambio de paradigma (tema 12), pues es tarea urgente examinar el modo en que la conciencia ecológica le afecta, obligándola a ampliar el horizonte de las éticas tradicionales. El autor entiende que la degradación del medio natural y del medio social son dos expresiones distintas de un mismo problema. Además, propone –desde una ética no utilitarista– un sugestivo «ethos ecológico» que conecte los mundos de la ciencia, el arte y la moral que la modernidad dispersó.

No debemos tampoco olvidar el contundente punto de partida de esta obra, que rechaza abiertamente la oposición moderna entre Natura y Cultura, poniendo en duda que sean términos contrarios y prefiriendo su complementariedad, que es el signo de los nuevos tiempos.

A pesar de la abstracción que predomina en el libro, no se descuidan los aspectos más concretos, pues el último módulo atiende a los condicionamientos locales y a la viabilidad política y social de las propuestas, así como repasa los instrumentos administrativos existentes.

En definitiva, nuestra impresión general del libro es que la gravedad del problema ecológico tiene una dimensión positiva: puede servir para que se reconsideren los móviles de la acción colectiva y se tenga en cuenta que la acción colectiva humana no puede moverse exclusivamente por criterios de eficiencia técnica y económica, debiéndose recuperar con urgencia la dimensión moral.

M.^a Carmen HERRANDO PÉREZ